

**Ígneo**

**Capítulo I: El esclavo**

El sudor corría por la frente del gladiador. Con un simple gesto se lo retiró mientras continuaba envolviendo sus manos en vendas de forma rítmica y constante, una técnica conseguida con el paso de los años. Apenas estaba nervioso, aunque su vida corriera peligro, ya era consciente desde muy pequeño que la vida no valía mucho, bastaba una simple daga para arrebatársela y sumir en la más oscura de las noches a cualquiera.

No se preocupaba por eso. Había luchado muchas veces y ya fuera por la suerte o el destino, había conseguido sobrevivir sin más inconvenientes que unas feas cicatrices en tu turgente y potente pecho. El calor de las catacumbas del coliseo era inaguantable, en una pequeña mazmorra se encontraba preparándose, listo para los Juegos que se habían organizado para la gloria y grandeza del cada vez más decadente Imperio. A su lado, otros esclavos como él se preparaban para la pelea que les aguardaba, unos se entrenaban movimientos con garrotes o lanzas, mientras otros trataban de rezar a sus dioses, en una extraña amalgama de rezos y ritos de distintos lugares y cultos. Los últimos permanecían con la mirada clavada en ninguna parte, no se los podía considerar tristes, simplemente contemplativos.

Una vez un noble le preguntó en qué pensaban antes de salir a la arena. El experimentado gladiador no supo que responder, porque sencillamente lo que pensaba en un baño de agua caliente y un poco de comida. Nada más. Pero sabía que si salía con vida no recibiría nada de eso, apenas una pequeña ovación, seguida de un trozo de pan duro y con suerte un poco de jabón para restregarse con agua sucia y helada. Y probablemente golpes por parte de sus amos.

Algunos gladiadores conversaban entre ellos, a pesar de que poco tiempo después podían estar enfrentándose a sangre los unos a los otros eso no les impedía entablar amistades, que podían terminar con un bonito apuñalamiento.

Sin embargo, tal vez hoy fuera distinto todo aquello.

De todos modos, eran los Grandes Juegos del Imperio, el monumental coliseo albergaría tres días seguidos de sangre, luchas y gritos para la diversión del pueblo. Muchos especulaban que no era más que una estrategia del Emperador Emport para tratar de desviar la atención de pueblo llano y los nobles ante la evidencia de la decaída del Imperio.

Desde la corte imperial se negaba y se mostraban datos adulterados sobre un supuesto crecimiento del comercio cuando era evidente que a la mastodónica y caótica ciudad Imperial de Androl llegaban cada vez menos barcos y caravanas. Las provincias periféricas cada vez eludían más sus responsabilidades y aunque no se había producido ningún alzamiento frente al poder del Emperador, era cuestión de tiempo ya que la influencia imperial en ellas menguaba a un ritmo implacable. El ejército imperial, antiguamente el orgullo de la patria y el brazo armado que aseguraba la seguridad y la conquista se había convertido en un peso muerto que lastraba a la economía de todo el Imperio, lleno de nobles con aspiraciones de grandeza, pero completamente incompetentes y desprestigiado por su incapacidad de mantener ningún tipo de seguridad en las fronteras.

Incluso el Emperador empezaba a ver con malos ojos al ejército imperial, reduciendo sus atribuciones y su presupuesto, e incluso en la misma Androl habían sido relegados

simplemente a guardar las puertas mientras que la seguridad de la ciudad recaía sobre la Guardia Dorada, mucho más eficaz.

El poder del Emperador estaba cada vez más desprestigiado hasta el punto de que los grandes comerciantes de la ciudad se atrevían a producir insolencias contra él y a presionarle para conseguir mayores ventajas económicas para conseguir mayores riquezas.

La misma ciudad era el reflejo del estado del Imperio, las estatuas estaban cubiertas de basura y muchos edificios se veían decadentes y destrozados.

Lo único que impedía que la ciudad cayese era su principal sustento y el de los comerciantes: la esclavitud. Androl seguía siendo uno de los principales referentes esclavistas de todo el mundo. El Imperio había conseguido millones de esclavos en su conquista y las siguientes generaciones de esclavos les aseguraron su sustento para el mantenimiento de la gloria imperial. En Androl se podía comprar un esclavo con las características que se quisiera, desde los más fieros bárbaros salvajes, a los entrenados y sangrientos gladiadores, pasando por prostitutas, criados, jóvenes, niños y cualquier tipo. Incluso la liberación del esclavo por parte del amo estaba prohibida en fin de preservar aquel sistema.

Nuestro gladiador pertenecía ya a la quinta generación de esclavos de su familia, cuando apenas tenía tres años había sido vendido por su amo a las casas de gladiadores, donde a base de palizas y vejaciones se había convertido en la máquina de matar que era ahora.

Sonrió. Tal vez hoy fuera todo distinto.

Comenzaron a oírse gritos, y el sonido de los látigos al restallar sobre el aire. Era hora de dirigirse a la arena.

- ¡Vamos escoria! ¡Daos prisa, no vamos a hacer esperar al Emperador por unas mierdas como vosotros!

Era cierto, aquel sería el acto inaugural de aquella carnicería de tres días y para ello no habían escatimado en el espectáculo: Los treinta mejores gladiadores de toda la ciudad imperial se enfrentarían en un sangriento combate a muerte, solamente habría un ganador, coronado como el gladiador del Imperio, el orgullo de todos los esclavos, y todo bajo la atenta mirada del Emperador, su esposa y su primogénito. Era el mayor honor al que podía aspirar un gladiador, morir en combate frente al Emperador, para luego ser enterrado en el estercolero de los establos del coliseo. Era un grandioso honor.

Se colocaron en fila todo ellos y fueron saliendo de la mazmorra bajo la atenta mirada de los carceleros, que vigilaban con sus espadas que todo estuviese bajo control.

Los llevaron a otra sala, que seguía bajo aquel calor húmedo y pegajoso, con las paredes cubiertas de moho, desde allí podía escucharse los gritos y voces del exterior donde la multitud comenzaba a sentarse en las gradas.

Les despojaron de sus ropas y quedaron simplemente con un calzón de cuero y unas sandalias de esparto con multitud de correas para sujetarlas en tornos a los músculos de sus piernas. El resto del cuerpo estaba completamente desnudo, excepto por vendajes en manos para poder sujetar mejor el arma. Estaba prohibida cualquier tipo de armadura,

casco o coraza, incluso los adornos, de forma que quedará la mayor parte del cuerpo expuesto y las masas pudiesen saborear el deleite de la carne rasgada y la sangre vertida. Además, sin protecciones todo era más brutal y salvaje.

Los bramidos comenzaban a hacerse más fuertes. El gran Coliseo del Imperio parecía aclamar por su sacrificio.

Entraron en la sala un grupo de jóvenes. Muchos de ellos eran aprendices de gladiadores que se dedicaban a las tareas de limpieza y preparación de los Juegos.

Se acercaron a cada uno de los gladiadores y comenzaron a embadurnar los cuerpos semidesnudos de los gladiadores de aceite y sebo. Tenían que estar brillantes cuando murieran.

El joven que se encargaba del gladiador ya lo conocía, se trataba de Aem, un joven de unos veinte años, con una sonrisa pícara en los labios y joven promesa de gladiador. El gladiador lo conocía bastante bien dado que poseían el mismo amo:

- ¿Preparado para la batalla Ender? – un brillo juguetón parecía surgir de los ojos del joven mientras le extendía el aceite por el torso.
- Sí – contestó escuetamente el gladiador
- Va a ser una batalla difícil, ¿no tienes miedo?
- No tengo por qué tenerlo, no tengo razones para ello
- ¿Morir no te asusta?
- Claro, pero no pienso hacerlo

Comenzó a embadurnarle la espalda de modo que no podían verse las caras:

- Recuerda – pudo escuchar un poco de la risa pícara de Aem en su oído – todo comienza...

Se volvió a girar y quedó a un palmo de la cara de Ender:

- Cuando el sol esté en el cenit – continuó el gladiador terminando el conocido lema de los gladiadores.

Aem ensanchó aún más su sonrisa y tras desearle suerte se marchó.

- ¡Todos en fila de nuevo! – gritaros los celadores de nuevo – Escoged vuestra arma y preparaos para salir a la arena. Tenéis diez minutos.

Por turnos los gladiadores fueron eligiendo entre el arsenal que estaba dispuesto ante ellos. Cada uno solía tener una especialidad y no tardaban mucho en elegir el arma que más se acomodaba a sus habilidades.

El gladiador que tenía justo delante escogió una lanza dorada, una buena arma, Ender lo conocía, había compartido muchos entrenamientos junto a él, y con un leve gesto de su cabeza se saludaron y mostraron su respeto al mismo tiempo.

Ender escogió una espada corta, su especialidad, un doble filo cortante y peligroso y una robustez que aseguraba una terrible destrucción. Aquella era su arma y con ella regaría el suelo con sangre.

Sonrí por primera vez, Aem tenía mucha razón.

Sin embargo, volvió a recuperar su aplomo.

La hora había llegado.

Era el momento.

- ¡Ha llegado la hora, basura! ¡Salid ahí y derramad sangre en nombre del Imperio!

Comenzaron a avanzar por los intriguados pasillos, ascendiendo por los pasadizos oscuros y húmedos.

“Derramad sangre en nombre del Imperio”

Vaya frase para justificar obligar a inocentes a asesinarse unos a manos de otros.

Justificar las palizas que recibía con apenas diez años.

Justificar al primer hombre que mató con solo quince años. Todavía se acordaba de su cara. Apenas otro niño que no sabía sujetar el arma.

Sangre por el Imperio. Ese era el precio.

El estruendo era cada vez mayor, injustificable, inabarcable, el ruido parecía aumentar a unos niveles insostenibles. Miles de voces que clamaban por la sangre y el dolor.

Y de repente aquel pasillo interminable se acabó, y notó como el estruendo se volvía todavía mucho más alto y brutal, y la luz de Sol golpeándole en los ojos y cegándolo momentáneamente.

Pero apenas fue un segundo antes de que se acostumbraran a tanta luminosidad y pudieran apreciar lo que se encontraba allí.

El Coliseo era uno de los mayores monumentos de todo el Imperio. Sus gradas casi verticales encerraban un área de arena donde los gladiadores se batían en duelo a muerte, las columnas sostenían miles de toneladas y se elevaban hasta el cielo que parecía lejano.

Allí cien mil personas se relamían ante el inicio de los Juegos.

Y en el palco imperial, apenas elevado un poco sobre la Arena, con las mejores vistas de todo, se encontraba la corte imperial: el Emperador brillaba sobre todo ellos, con sus ropajes blancos y dorados y la imponente corona sobre su cabeza, a su lado su esposa, ataviada con una túnica completamente llena de joyas alardeaba de belleza ante toda la ciudad. El primogénito parecía tímido en comparación, aunque su ornamentación no escatimaba en gastos de ningún modo.

Todos ellos estaban rodeados de consejeros, nobles y demás pelotas de la corte y protegidos por el imponente cuerpo de la Guardia Dorada, cuyas brillantes armaduras parecían brillar con la fuerza del Sol.

Las gotas de sudor volvieron a cubrir el cuerpo del gladiador bajo el implacable calor que hacía en la arena. Podía sentir la energía vibrando en cada lugar, en los gritos coreando sus nombres, en los granos de arena que pisaba, en el aire cargado y corrupto que surgía de las catacumbas de aquel monumento a la muerte y la sangre.

Se dispusieron en círculo. Esperando el cenit del Sol.

Alguien estaba gritando la historia del Imperio, pero como siempre en estos actos nadie le prestaba mucha atención.

Como siempre las miradas estaban en los gladiadores, en aquellos hombres que en pocos segundos correrían a desgarrarse y morir para su diversión. En aquellas máquinas de placer y dolor.

Comenzaron a sonar las campanadas a lo lejos, de la zona de los templos. Una tras otra, indicando, el comienzo del cenit, sintiendo el sol sobre sus cabezas.

Una campanada.

Y otra.

Su pesado sonido caía con peso sobre el terreno.

Había silencio por primera vez en las gradas.

El suelo temblaba ante ese sonido. Ante el poder del metal tañéndose que parecía sumir a la ciudad en su propio universo.

Y por fin, la última campanada.

Su restallar quedó en el aire, dando a los presentes el sabor de su metal.

Ender sonrió. Soltó apenas una carcajada.

- Todo comienza – susurró
- ¡Cuando el sol esté en el cenit! – miles de voces corearon a su vez.

Y de repente los gritos sembraron las gradas. La ciudad entera.

Pero por primera vez no eran gritos de placer.

Eran gritos de miedo.

Ender sonrió, soltó otra carcajada. A su alrededor la rebelión de los esclavos había estallado.

Por fin el miedo había cambiado de bando.

La confusión era palpable a cada segundo. En las gradas los esclavos habían conseguido introducir armas y nada más terminar la última campanada habían comenzado a atacar a sus amos, estos sorprendidos les estaba siendo imposible rechazar el ataque de los que creían sus fieles sirvientes y caían rápidamente sin ningún tipo de contención. La Guardia Dorada parecía completamente superada en número y estaban tan desorganizados y no suponían ningún tipo de problema para la creciente ola de violencia que se avecinaba.

Y no solamente el coliseo, desde este momento la revuelta había estallado en toda la ciudad de Androl, desde el puerto, al distrito de la Alquimia, pasando por todos y cada uno de los barrios. Era su liberación.

Llevaban meses preparando en secreto todo este acto. Todo tenía que estar calculado al milímetro, conseguir armas, tener cuidado de que los rumores fueran mínimos y el

momento adecuado. Ocultar el estallido había sido sencillo, sinceramente los rumores no habían sido tomados muy en serio por las autoridades, habían pasado más de cien años del anterior y el sistema esclavista estaba tan implantado que nadie se había planteado en ningún momento que los perjudicados por él sintieran deseos de acabar de una vez con su esclavitud. Además, los rumores de sublevaciones por parte de las provincias eran más fuertes y bastante más preocupantes para el poder imperial pero no habían asumido una posible revuelta de los esclavos.

Ender llevaba meses organizando este momento. Él se había encargado de poner en contacto a los gladiadores con los círculos más revolucionarios. No había sido sencillo, durante mucho tiempo tubo que tener cuidado de a quien se lo decía y en quien podía confiar. Pero al fin, por primera vez en su vida podría aspirar a la libertad. Algo que nunca había probado.

No podían haber escogido un mejor momento y lugar para producirse la revuelta: el poder Imperial estaba completamente debilitado y dudaba bastante que pudiese controlar los estallidos que estaban surgiendo en toda la ciudad, no en vano tenían superioridad numérica, dado que en Androl dos tercios de la población es esclava y contaban con esa superioridad numérica.

El lugar para la revuelta era evidente: querían que triunfara. Necesitaban algo muy sencillo. Asestar la puñalada final contra el Imperio que los había esclavizado y asegurarse de su libertad se mantenía.

Tenían que matar al Emperador.

La sangre comenzaba a teñir los escalones y los gritos no hacían más que aumentar. Los guardias estaban tan confusos y parecían no saber de dónde provenía el ataque de forma que les era imposible ejercer una resistencia efectiva, de forma que su número menguaba por decenas.

Sin embargo, en la arena, los carceleros, tras un primer momento de confusión parecían haberse dado cuenta de lo que sucedía y había empezado a dirigirse hacia los gladiadores del centro de la arena.

Sin embargo, antes de que pudiesen moverse demasiado, los túneles que llevaban a la arena comenzaron a vomitar esclavos que los atacaron sin piedad. Estaban comandados por Aem que con dos dagas sonreía con placer cada vez que hundía sus dagas en el rostro de un miembro de la Guardia Dorada.

La misión de los gladiadores era distinta, ahora tenían el camino despejado hacia el palco imperial. Ellos se encargarían de atacar al Emperador.

Comenzaron a correr hacia ahí, sintiendo como la arena se levantaba a su alrededor. La misma arena que había probado tantas veces la sangre de esclavos se teñiría por primera vez con la de algo mucho más noble.

El palco imperial se encontraba confuso y desorientado. Parecía que todavía no se habían dado cuenta de que se encontraban en el epicentro de la mayor revuelta que había vivido nunca la ciudad de Androl. Sin embargo, en la práctica no se habían visto muy afectados ya que no habían sido atacados.

Cuando vieron cómo se acercaban los gladiadores, dispuestos con esa sed de sangre, la Guardia Dorada formó una auténtica barrera infranqueable frente a ellos.

Ender observó cómo se preparaban para la defensa del palco imperial. Este estaba elevado unos dos metros sobre la arena y con la recién inaugurada barrera de escudos y lanzas de los soldados, parecía bastante imposible que los gladiadores pudiesen superarla sin caer en el intento.

El gladiador volvió a sonreír y no pudo evitar soltar de nuevo una carcajada.

Delante suyo veía cada vez más cerca los escudos y las lanzas, resplandecientes bajo el sol, tan brillantes y preciosos parecían auténticas joyas y no pudo evitar mirar su propia espada, sucia y llena de muescas, ordinaria. Tan acorde con él.

Sus pulmones se prepararon. Se llenaron de aire.

Un silbido.

Que se elevó sobre todo el estruendo de la batalla.

De repente el palco imperial se volvió un caos.

Nadie había pensado que los sirvientes de su majestad también eran esclavos. Nadie había pensado que sufrían en sus propias carnes los deseos y pecados de los imperiales poderes. Nadie había pensado que ni siquiera tenían la más mínima protección ante la ira del Emperador. Llevaban siglos de esclavitud. Hoy se cobrarían el precio.

Los sirvientes se abalanzaron sobre los guardias, consejeros y cualquier persona que estuviera en ese palco. No resultaron muy efectivos. Fue una matanza, dado que sin armas y enfrentados contra los soldados apenas duraron un minuto.

Pero era un minuto de distracción.

Un minuto en el que la barrera dorada ya no se encontraba impidiendo el paso de los gladiadores.

Ender sintió como sus piernas cogían impulso, como la adrenalina corría por sus venas mientras de un salto se lanzaba junto a sus compañeros contra el palco.

Cuando sus pies se apoyaron en la piedra, se sintió un dios. Un dios de la vida y la muerte.

El soldado que tenía delante se encontraba girado. Acababa de asesinar a uno de los sirvientes sublevados. Cuando se dio la vuelta era demasiado tarde.

Ender pudo ver sus ojos llenos de pánico un segundo antes de que su espada le atravesara completamente la cabeza. Probablemente solo tendría unos dieciocho años. Apenas un niño. Sonrió.

Con una patada tiró el cadáver al suelo y asestó un mandoble contra el soldado que tenía a su izquierda. A su alrededor todo se estaba volviendo un caos mientras los gladiadores subían y luchaban contra la Guardia Dorada, y todo eran gritos y el restallar del metal contra el metal.



El soldado pudo evitar el primer golpe con su escudo, pero el gladiador volvió a golpear con la espada, esta vez con el doble de fuerza. El guardia cayó de rodillas frente al tremendo golpe del gladiador y bajó un segundo el escudo. Más que suficiente para que la espada le atravesara el cuello y muriera escupiendo sangre sobre el pecho de su asesino.

Ender sonrió, a su lado la batalla parecía estar del lado de los gladiadores, que iban ganando terreno poco a poco a los soldados.

Se lanzó sobre otro, golpeándolo y acosándolo con la espada por todos los ángulos, el soldado apenas podía defenderse y tratar de evitar sus asestados mortales.

Un grito gutural se dirigió desde la derecha del gladiador: un consejero gordo y envuelto en una túnica que se enrolaba sobre sus pies se abalanzaba sobre él. Su rostro estaba rojo y congestionado mientras se dirigía hacia él.

El impacto los tiró al suelo a ambos, liberando por un segundo al soldado de la presión y dirigiéndose a acabar con la vida del gladiador que estaba en el suelo.

Ender golpeó con la cabeza al gordo consejero que tenía sobre él, por el sonido del crujido y el lloriqueo que vino después, supo que le había roto la nariz. Pudo apartar su seboso cuerpo justo para evitar la estocada del soldado que iba directamente a por su cabeza.

Se levantó de un rápido salto y golpeó en la pierna al soldado, este cayó al suelo. Y allí murió ante las múltiples estocadas que le atravesaron el abdomen.

Ender se giró hacia el consejero que seguía retorciéndose en el suelo, con las manos sobre el rostro tratando de contener la hemorragia de su nariz.

- Por favor, no me mates – suplicó – te daré lo que quieras, riquezas, mujeres, todo.
- ¿De verdad me ves interesado por alguna de esas cosas? – dijo mientras acercaba la espada hacia el cuerpo enorme y abultado.

El consejero trató de retener la espada con su propia mano, pero lo único que consiguió fue que esta le fuera cortando las palmas mientras avanzaba lentamente hasta su corazón. Lo último que vio mientras el acero le atravesaba el corazón fue el vino derramado sobre el suelo. O tal vez fue sangre.

Ender levantó la vista del cadáver solo para ver como un soldado atravesaba con su lanza a uno de sus compañeros, este cayó al suelo esperando que el soldado lo rematara. Sin embargo, Ender atravesó el cuerpo del soldado con su espada antes de que pudiera hacerlo. El gladiador atravesado miró a Ender antes de palidecer y morir cayendo al suelo justo al resto de cadáveres.

El gladiador apartó la vista. Nunca más debería ser vertida la sangre esclava. No se merecían aquello. Haría pagar a todos los culpables.

La batalla estaba prácticamente decidida, ambos bandos tenían importantes bajas, pero aún quedaban unos quince gladiadores frente a los seis soldados que trataban de rodear a la familia imperial y a uno pocos consejeros.

El que parecía más grande de ellos se lanzó con su espada hacia Ender. El golpe fue tan brutal que el gladiador tuvo que ceder unos pasos ante los golpes y las embestidas del

colosal guerrero. Este parecía tener más ventaja sobre el cansado gladiador, sin embargo, apenas conseguía hacerle un par de heridas superficiales.

Ender sabía que no aguantaría mucho más con ese ritmo frenético. Intentó en vano superar las barreras del soldado, pero le fue imposible atacarlo de ninguna manera. Entonces cambió de estrategia.

Cuando el soldado se lanzó sobre él con todas sus fuerzas cambió rápidamente de posición, desequilibrado ante esta situación, bastó un golpe en la espalda para que el soldado cayera al suelo.

Ender se lanzó contra él, soltando la espalda en el suelo y lo aprisionó contra el suelo con su propio cuerpo. Durante un momento forcejearon, los músculos de cada uno tensos pero la posición del gladiador era más ventajosa.

Comenzó a golpear salvajemente la cabeza del soldado, cada vez más fuerte, cada vez más salvajemente. Los gemidos de dolor del soldado poco a poco se transformaron un burbujeo ante la sangre que le ahogaba.

Cada vez más fuerte, hasta que la cabeza del soldado se convirtió en una masa sanguinolenta y los dientes estaban esparcidos por el suelo. Hasta que la respiración se convirtió en un leve siseo. Cada vez más fuerte.

- ¡Ender! – oyó como le gritaban. Levantó la vista, Aem le estaba mirando seriamente, había subido hasta el palco. – Creía que no querías perderte el verdadero espectáculo.

Y la sonrisa pícaro de Aem le guio hacia donde estaba señalando. La familia imperial estaba rodeada por los gladiadores, sin ningún tipo de protección. Rendidos.

- Encárgate de este – dijo riéndose Ender. Aem no tardó apenas unos segundos en terminar con la vida del soldado agonizante.

Ender se dirigió hacia el fondo del palco, estaba lleno de sudor, aceite y sangre, tratando de no tropezar con la gran cantidad de cadáveres que había.

Los gladiadores sujetaban al Emperador, a su esposa y al primogénito, además había un par de consejeros que había sobrevivido a la matanza. Todos estaban completamente aterrorizados, pasaban la vista de uno a otro de los gladiadores tratando de determinar cuál sería su siguiente paso.

- Os orden... – trató de decir el Emperador, pero el gladiador le cruzó la cara con un puñetazo antes de que acabara la frase.
- Debes aprender que ya no nos ordenas nada. No tienes poder. Somos libres.

El Emperador calló, sujetándose la cara ante el golpe.

- Es hora de llevar a cabo el juicio. Matad a los que sobran.

Los consejeros murieron apenas terminaron de pronunciarse esas palabras.

Ender le quitó la corona al Emperador y la arrojó a un rincón.

Le sujetó del pelo y le obligó a mirarle. Le escupió.

- Esto fue lo primero que hizo mi amo cuando me mandó a las arenas. Siempre he querido hacerlo.

Comenzó a arrastrar al Emperador del pelo. Este gritaba y se revolvía, pero las patadas y golpes de los demás gladiadores lo acallaban.

Con un movimiento lo arrojó por el palco y cayó pesadamente a la arena. Trataba de levantarse, pero no podía parar de quejarse y su capa y ropas llena de piedras preciosas se enrollaban sobre sus pies y le impedían levantarse.

Ender bajó mucho más sencillamente y volvió a arrastrarlo mientras lo golpeaba hasta el centro de la arena.

A su alrededor la batalla parecía tener un claro vencedor. En todos los lugares se veían cadáveres ataviados con buenas ropas mientras los esclavos trataban de masacrar a los pocos que aún quedaban con vida.

En el centro de la arena arrojó al Emperador. En instante trajeron arrastrando a su esposa y primogénito.

- ¡Gentes de Androl! – comenzó a gritar Ender, a su alrededor, desde todos los lados del coliseo se formó un silencio – Tenemos a un gran invitado de honor en la arena, nada más y nada menos que el Emperador del Imperio. Salúdenle por favor.

Los gritos de burlas y los insultos se escucharon por todo el coliseo, incluso algunos comenzaron a arrojar basura hacia la arena para mostrar su desprecio al Emperador.

El Emperador parecía querer decir algo, pero una patada en la cara por parte de los gladiadores le hizo cambiar de opinión. De esta manera su juicio continuó:

- Habéis mantenido la esclavitud durante siglos, obligándonos a trabajar como animales, a ser considerados poco más que alimañas, simplemente trozos de carne que comprabais por un puñado de oro. Nos habéis explotado, humillado, violado, condenado, destrozado en todos los aspectos. Nosotros pusimos cada piedra de esta ciudad y como premio vivimos en su suelo, arrastrándonos. Nosotros cultivamos y cargamos la comida, como premio en las épocas de escasez nos dejabais morir de hambre.  
Y en ningún momento os pareció adecuado terminar con toda esta situación, no pudisteis ver que éramos todos iguales, todos seres humanos solo que unos vestidos con oro y otros con harapos.  
Cometisteis todos vosotros unos crímenes tan horribles que no soy capaz de nombrarlos.  
Pero ahora pagaremos por nuestra libertad.  
Solo que, en esta ocasión, la moneda va a ser vuestra sangre.

Los gritos a su alrededor se extendieron, coreando la muerte del Emperador.

- Por tanto, por sus crímenes y los de su dinastía, os condenamos a la sentencia de muerte. También aplicable a cualquier persona del reino que tenga en su propiedad a otro ser humano en régimen de esclavitud. ¿Unas últimas palabras?

El pánico se reflejaba en el fondo de los ojos del Emperador, miraba alternativamente hacia un lado y otro tratando de encontrar una escapatoria o alguien que lo ayudara, pero solamente encontraba la mirada de desprecio que le dirigían desde cada rincón. Se puso de rodillas y mirando a Ender comenzó a implorar:

- Por fav...

No tuvo tiempo de terminar la frase, antes de que pudiese articular más, el gladiador se había conseguido mover de una forma vertiginosa, cogiendo un hacha de gran tamaño que se encontraba en el suelo y con un firme tajo le había rebanado la cabeza a su majestad.

Así de sencillo. Donde hasta hace un segundo se encontraba el dueño del mundo, ahora no era más que un cuerpo sangrando y una cabeza que rodó apartándose de él. Los gladiadores fueron corriendo hacia ella mientras la golpeaban y llenaban de barro.

Con el mismo hacha se giró y por un segundo pudo adivinar la mirada de miedo de la esposa del Emperador, que estaba sujeta por dos gladiadores. Su suave túnica de lino y sus joyas no pusieron ningún tipo de barrera cuando el hacha le atravesó el pecho desde la cadera hasta el hombro, quedándose atrapada en su cuerpo. Apenas pudo soltar dos borbotones de sangre por la boca antes de morir.

El príncipe heredero no corrió mejor suerte. Ender lo empujó contra los gladiadores y estos con una sonrisa sádica se ocuparon de él.

Aem fue el primero en hacerse cargo de su víctima. Y los gritos del príncipe resonaron por la arena mucho después de que la vida hubiese abandonado su cuerpo.

Al fin, la arena había sido regada con la sangre noble.